

Introducción

El relato comienza al principio del cap. 15 en los vv.1-3 con la introducción del por qué Jesús luego propone a sus oyentes las tres parábolas de la misericordia. Nuestro relato en particular comienza en el v.11 por darse un cambio de personajes con lo anteriormente relatado; es este el motivo principal, pues el tema parece que es el mismo. Su finalización estaría en el v.32 donde terminaría nuestra parábola, pues el siguiente relato tiene otros personajes y el tema incluso parece que cambia.

La parábola del hijo pródigo hace alusión al profeta Jeremías: *“Esta será la alianza que haré con ellos después de aquellos días —oráculo del Señor—: Pondré mi ley en su interior y la escribiré en sus corazones; yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Ya no tendrán que enseñarse unos a otros diciendo: «Conoced al Señor», pues todos me conocerán, desde el más pequeño al mayor —oráculo del Señor—, cuando perdone su culpa y no recuerde ya sus pecados.”* (Jr 31, 33-34). Un texto que describe la Nueva Alianza que Jesús propone y que la parábola del Hijo Pródigo expresa con claridad.

También les dijo: «Un hombre tenía dos hijos;

Con las figuras de los dos hermanos el texto se sitúa en el mismo corazón de una larga historia bíblica, comenzada con la historia de Caín y Abel, de nuevo con los hermanos Isaac e Ismael, Jacob y Esaú, e interpretada en diferentes parábolas de Jesús.

Los dos hermanos, además, representan los dos grupos de personas. Por un lado, el hijo menor representa a los publicanos, a los pecadores, en definitiva, a todos los que se han alejado de Dios. Por otro lado, el hermano mayor, representa al grupo de los fariseos, escribas y saduceos. Ambos hermanos, como iremos viendo, están totalmente separados del Padre y utilizan al Padre para sus intereses personales.

¹²el menor de ellos dijo a su padre: “Padre, dame la parte que me toca de la fortuna”. El padre les repartió los bienes.

No es por casualidad que Jesús, en la parábola del hijo pródigo que es una explicación del pecado original, lo presente pidiendo a su Padre: *“Padre, dame la parte de la herencia que me corresponde”, es decir, dame la creación, pero la creación sin ti, para que yo la utilice y me beneficie de ella por mi mismo y para mi mismo, lejos de ti”*.

El drama del pecado reside en la palabra parte porque Dios quería darle todo, pero en la comunión, en la herencia compartida, no en el sentido de cortar por partes, sino de gustar juntos.

Según la ley del Deuteronomio (*Dt 21, 27*), dos partes de la herencia pertenecen al primogénito, en este caso al hijo menor le toca una tercera parte de la herencia. Según las normas ordinarias, si el reparto de las posesiones se realizaba en vida, la posesión pasaba a los hijos, pero el padre tenía derecho al usufructo de los bienes.

Este hijo menor, se muestra mucho más exigente ya que él no sólo quiere el derecho a la posesión, sino que desea disponer ya de lo suyo. Al pedir su herencia prematuramente el hijo está esencialmente diciendo: *Deseo que estuvieras muerto, padre.*

Este hijo menor es aun joven. No se ha casado y ha decidido “*vivir la vida*”. se marcha fuera del territorio, se aleja de la casa del Padre, quiere ser libre y se convierte en esclavo. El estilo de vida derrochador del hijo ilustra cómo una vida centrada en sí mismo, olvidándose de los demás le lleva a un vacío existencial.

¹³No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, se marchó a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente.

El hijo menor recoge todo lo bueno del Padre y se marcha. Es una herencia que no ha ganado, que no ha trabajado. Se vale de los dones del Padre, aunque lo utiliza de forma egoísta.

Se marcha a un país lejano, es decir, se marcha totalmente alejado de Dios. El hijo menor ha roto todos los vínculos que le unía con el padre. Desea ser libre y considera que lejos de la influencia del padre puede disfrutar de una libertad plena.

Malgasta la herencia que tenía. Quiere tener amigos y lo único que hace es comprarlos. No sabe aprovechar los dones que el Padre le ha entregado y se da cuenta de que no tiene nada. Quiere ser un dios porque tiene dinero, juventud, popularidad y, con el tiempo, se dará cuenta de su realidad mortal, frágil.

Al perder la herencia que ha recibido se va desgastando su propia identidad. Quiere ser alguien que no es y vive de forma contraria a su propio ser. Lejos de ser más libre está siendo más esclavo.

¹⁴Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. ¹⁵Fue entonces y se contrató con uno de los ciudadanos de aquel país que lo mandó a sus campos a apacentar cerdos. ¹⁶Deseaba saciarse de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba nada.

Cuando llega ese momento de crisis, se da cuenta de que no tiene ni amigos, ni casa, ni comida. Se ha alejado tanto de la casa del Padre que se encuentra sólo.

La situación del hijo menor es desesperada como al momento del pecado original y de todo pecado, resultado inverso de lo que se poseía: en lugar de la abundancia, la hambruna; en lugar de la libertad, la dependencia de un trabajo por lo demás degradante.

Es tan grave que acepta un trabajo impensable para un judío: cuidar cerdos. El cerdo es un animal impuro (Lv 11, 7), esto le impedía practicar la religión. El único vínculo con su pueblo, con su identidad se rompe. Es, por tanto, la expresión de la

máxima alienación y el mayor empobrecimiento del hombre. El que era totalmente libre se convierte en un esclavo miserable. La situación del hijo menor es de total indignidad.

¹⁷Recapacitando entonces, se dijo: “Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. ¹⁸Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ¹⁹ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros”. ²⁰Se levantó y vino adonde estaba su padre;

Ante esta situación al hijo le caben dos opciones. Por un lado seguir cuidando los cerdos, sabiendo que va a malvivir, mucho trabajo e indigno para él, poca comida, sin amigos.

Por otro lado, puede volver a casa. Volver a casa no es fácil. Implica aceptar su error y pedir perdón. No siempre es tan fácil, nuestro orgullo sale rápidamente al paso para hacernos pensar distinto.

El hijo menor es consciente de que con su acción ha ofendido a Dios, a ofendido a su padre, y ha perdido la herencia, por eso cree que ya ha perdido la dignidad de hijo. Es el momento de la conversión. Se da cuenta de su pecado y se pone en marcha para restituir, de alguna manera, el daño que haya podido ocasionar. En el camino hacia casa le surgirían muchas dudas a este hijo menor. ¿Me recibirá mi padre? ¿Querrá acogerme en su casa? ¿Y si no quiere saber nada de mi?

Son momentos muy duros porque el hijo no confía en el Padre. El hijo menor no valora, no reconoce el amor que el padre le ha demostrado a lo largo de su vida. El hijo cree que el padre es como él, aunque en el fondo de su corazón se pone en camino porque sabe, que de alguna manera, el amor del Padre está por encima de su propio orgullo.

Israel retornó de los cultos idólatras y del Exilio con una fidelidad mucho más fuerte. Es la misma situación que está viviendo el hijo menor. Ha experimentado las consecuencias negativas de alejarse de la casa paterna y de los beneficios que conlleva estar y permanecer junto a Dios, en la casa del Padre. La conversión que se está produciendo en el hijo pródigo se expresará en una mayor fidelidad hacia el Padre.

cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas; y, echando a correr, se le echó al cuello y lo cubrió de besos. ²¹Su hijo le dijo: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo”.

El hijo se va acercando a su casa, pero estando aún lejos el Padre lo ve. La alegría de ese padre al volver a ver a su hijo le mueve a salir a su encuentro. El amor del padre rompe todas las barreras. No piensa en lo que el hijo menor ha hecho. Sólo quiere que vuelva a la casa.

Y es que el padre no ha perdido su condición de padre. No hace falta que ningún extraño interceda cerca de un padre; el mismo amor del padre intercede y suplica en lo más profundo de su corazón a favor del hijo. Sus entrañas de padre se conmueven para engendrar de nuevo a su hijo por el perdón.

En el corazón del padre no hay ni rencor, ni resentimiento, sólo hay amor. Y el amor no pide explicaciones. Os acordáis de las cualidades que San Pablo describe cuando habla del amor. *El amor es paciente, es servicial no es envidioso, no es jactancioso, no se engríe, no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta.* (1Co 13, 4-7)

Es un amor verdadero el del padre. Es este amor el que existe en el corazón de Dios. es este amor el que nosotros hemos de ir reflejando en nuestra vida porque participamos del amor de Cristo.

22 Pero el padre dijo a sus criados: “Sacad enseguida la mejor túnica y vestídsela; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; **23** traed el ternero cebado y sacrificadlo; comamos y celebremos un banquete, **24** porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado”. Y empezaron a celebrar el banquete.

El padre sigue tomando la iniciativa y ordena tres cosas a los criados:

Que le vistan el mejor vestido: El padre le quiere devolver a su hijo su dignidad. El mejor vestido no se le da a cualquiera, ni siquiera a un personaje famoso. El mejor vestido es para los hijos.

Que le pongan un anillo y sandalias: El anillo llevaba el sello de autoridad y las sandalias eran signo de hombre libre. Salió de casa buscando ser libre y encontró la esclavitud, vuelve a la casa del padre y vuelve a ser libre.

Que preparen un banquete con el mejor novillo: es el momento de celebrar este acontecimiento. En este banquete todos participan el hijo y los sirvientes.

La razón de todas estas muestras de cariño es porque para el padre su hijo no ha perdido sus derechos. Sigue siendo hijo. A pesar de que se haya alejado, sigue siendo hijo. Y una alegría inunda el corazón del Padre porque *este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado.*

Es la alegría que existe en el cielo cuando se produce ese encuentro entre Dios y cada uno de nosotros. El amor de Dios cubre la multitud de pecados. Acerquémonos con esa confianza a Dios nuestro Padre, acojamos en nuestra vida su amor. Estoy a la puerta y llamó, nos dice en el libro del Apocalipsis, si alguno me abre, entraremos y cenaremos con Él.

²⁵Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y la danza, ²⁶y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. ²⁷Este le contestó: “Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha sacrificado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud”.

El hijo mayor estaba en el campo trabajando y no se había enterado de que su hermano había vuelto. Escucha ruido de fiesta y se enfada. Tuvo que pensar algo así como: “*Yo aquí trabajando y estos de fiesta*”.

Cuando se entera de que el motivo de la fiesta es por su hermano que ha vuelto no se alegra. Sólo piensa en sí mismo. Se muestra cómo el hijo mayor no quiere a su hermano, es más no lo reconoce como hermano: *ese hijo tuyo que ha vuelto*.

El hermano mayor siente envidia por la vuelta de su hermano. Es como si el padre no le fuera a querer igual, o como si ya no pudiera disfrutar de lo que le corresponde.

²⁸Él se indignó y no quería entrar, pero su padre salió e intentaba persuadirlo. ²⁹Entonces él respondió a su padre: “Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; ³⁰en cambio, cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado”.

El hermano mayor reprocha al hermano más joven sus descarríos y al padre la acogida dispensada mientras que a él, sobrio y trabajador, fiel al padre y a la casa, nunca se le ha permitido, según su versión, celebrar una fiesta con los amigos. Señal de que no ha entendido la bondad del padre.

El hijo mayor no es consciente que mientras él ha permanecido en la casa del padre ha podido disfrutar de los beneficios de estar en la casa paterna. Esto nos invita a que reflexionemos nosotros, si somos conscientes de la gran dicha que es estar junto al Señor, de participar de los sacramentos y experimentar su amor.

El hijo mayor estaba ciego en su vida porque estaba encerrado en sí mismo. En este Evangelio somos invitados a salir de nuestro yo y a compartir con los demás esa luz que llevamos dentro. Esa luz que procede del Señor.

³¹Él le dijo: “Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo; ³²pero era preciso celebrar un banquete y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado”».

El hermano mayor es el ejemplo de tantas personas que mantienen su corazón el deseo de salir de la casa del Padre. Vive en la casa, disfruta de los bienes de la casa, pero su corazón está lejos de la casa del Padre.

La envidia revela que estas personas no han comprendido realmente la belleza de disfrutar de la casa de Dios. En el fondo de su corazón desea lo mismo que el menor: abandonar al padre y constituirse autónomamente en su propio Dios.